

Café al Paso

Seudónimo: Cafetero

Hoy es un buen día para trabajar: dejó de llover y a la esquina de Las Rejas con la Alameda, volvió el frío y la quincena cayó en miércoles brindándome la bendición de poder vender más cafés al paso y me siento dispuesto, con los termos a tope, esperando a los pasajeros que van al metro y hacen los cambios de buses.

Mis clientes son frecuentes, la mayoría extranjeros y trabajando, amén de títulos y pergaminos, en las tareas que nosotros, no sé por qué motivo, dejamos de hacer. Algunos chilenos lo saben apreciar, mi café, y con ellos también converso, al paso, rápido, y siempre les deseo de corazón, un buen día laboral.

Esta jornada promete.

A las siete y media pasó el cliente Pedro, de unos treinta y cinco a treinta y ocho años, luciendo en su rostro la falta de sueño y de una buena afeitada. Bebió el café en silencio, mirando el suelo. Pidió un segundo, negro.

- ¿Cómo va la pega?, le pregunté.

-Bien, bien, solo que ando muy corto de sueño. Se sobó la parte posterior de los hombros, los movió he hizo girar la cabeza, haciendo tronar las vértebras del cuello. Debemos hacer entrega de dos obras y estamos en las terminaciones. He dormido solo un par de horas por día: estoy pa'l la corneta. Tomó aire y agregó en un hilillo de voz: Y ahora debo ir al hospital. Dan de alta a mi papá que padece cáncer con metástasis, lo llevamos para que fallezca en casa. Tengo que estar allí a las once y media. Ahora debo espera al conductor para ir a distribuir lo trabajos: estamos a dos días de hacerla entrega.

-Lo siento.

-Así es la vida, y siempre termina. Me lo enseñó mi taita. Movié la cabeza y agregó en tono ronco: No la entiendo todavía, y menos en estos momentos.

-Así es. Pero se puede entender.

Me miró fijo, con ojos enrojecidos.

- ¿Y cómo?, le pregunto porque cuando venía en el Transantiago, tuve un mini ataque de pánico, y como me conozco un resto, me alcancé a controlar: el cuerpo me está pidiendo que tire la toalla. Y ahora lo de mi viejo. Siento que me está lloviendo sobre mojado.

-Bueno, no tengo su respuesta, pero sí la mía. Es verdad lo que usted dijo: la única certeza en el camino del guerrero, es la muerte, así lo dice el código del Bushido, por lo tanto, la vida, ¿para qué se nos dio?, y para mí como respuesta, porque soy creyente, es que se nos fue concedida para crear y cambiar realidades.

- ¿Y cómo?

-Por medio de la fe.

- ¿Qué?

- Por medio de la fe. Creer. Cuando se entiende cómo funciona, uno la debe poner a prueba, es mi único derecho y deber: es poder.

-Disculpe, pero no lo cacho. No veo por dónde.

-La fe, me lo explicó mi hermano Emilio, porque para serle sincero, yo la practicaba inconscientemente, la fe funciona a tres patas; son tres pilares que la sostienen y yo la puse a prueba, y funciona.

-Disculpe, pero no le cacho la onda.

-Yo la puse a prueba cuando mi hija y su esposo se fueron al extranjero, a estudiar.

- ¿Cómo?

-Tirándose a la piscina, de una.

-Disculpe don Héctor, pero no lo cacho, y sinceramente deseo escucharlo. Me gusta conversar el café con usted.

-Lo hago, me tiro, porque tengo fe, y procuro que sea como lo indicó el maestro: la manejo como niño. Sin duda, sin lógica, solo creo.

- ¿Cómo?

-Sabiedo de cuantas partes cuenta para ser de verdad y no una ilusión.

- ¿Partes?, ¿Cómo?, explíqueme.

Movió los hombros, encendió un cigarrillo, bebió de dos sorbos largos su café entibado por viento frío que siempre viene de sur a norte y sonrió levemente antes de agregar:

-Ya, me doy y le pido que me lo explíqueme con peras y manzanas, mire que necesito cambiar el chip en mi cabeza.

-El primero. Todo viene de la misma fuente y no le pongo nombre porque creo, veo y siento que soy parte de ella.

Levantó su mano derecha y tocó su frente con la punta de los dedos y se refregó el entrecejo.

-El segundo y es una pregunta: ¿Para qué me lo envía?, me debo preguntar en consciencia. Y la tercera, también pregunta: ¿Qué espera de mí?, el origen de todo.

Pagó los cafés y agregó un tercero, con dos alfajores bañados en chocolate, recibió tres llamadas por celular, cerro un trato y dio varias instrucciones y mientras abría el envase, agregó:

- ¿Y en la práctica?

-Mi caso, se le cuento: hace un mes atrás, mi hija y su esposo se fueron a Irlanda a estudiar inglés. Nos separamos después de un largo período de silencio con muy buen retorno de lo mágico que teníamos cuando era niña. Entendía que debía hacerlo, la formé para que se atreviera, pero me dolía verla partir. Ese día fue terrible. Fue tan grande el garrotazo que me volví a meter a la cama, sin ganas de hacer nada, pero como a las dos de la tarde, decidí que debía aplicar lo aprendido, y sabiendo que Él espera que yo tenga el valor de ver lo opuesto al dolor me había mandado, porque él no castiga. Me sentía ciego, por dónde, pero me levanté, me metí bajo a ducha helada unos diez minutos, me vestí y me puse al computador, con la mente en blanco, decidido a no levantarme hasta no tener claro lo que me habían mandado. Como a las cinco de la tarde, recibí una llamada por celular. Era Rodrigo Cavada, para informarme que había ganado el concurso de cuentos "La Ciudad en Mil Pasos". El monto del premio me permitió pagar más de un compromiso. Me quedé en silencio, reconociendo de inmediato que lo aprendido era cierto. El dolor nos ciega, pero demos enfrentarlo y así esperar eso que es igual al dolor recibido, pero en el lado opuesto. Tengo fe que el dolor y la felicidad, siempre nos vienen por separado, pero al mismo tiempo, no puede ser de otra forma. Yo no soy dado a dar consejos, pero antes de que su padre se vaya, no deje de hablar con él, si se lo permite.

Pasaron varios días y al viernes siguiente lo vi aparece, pero más temprano, como a las cinco treinta, con otro rostro y quizás algunas canas, mientras estaba montando la mesa para vender mi café.

- ¿Y cómo está la pega?, volví a preguntar. ¿Qué va a pedir?

-Café negro. Con lo de la pega, no me puedo quejar. Mi papá me enseñó que cuando todos están llorando, yo podía vender pañuelos, y con todo trabajo es lo mismo. Tenía razón el viejo.

- ¿Y cómo se siente?

-Bien, después de su fallecimiento, bien, porque está descansando, porque nos despedimos en paz.

- ¿Hablaron?

-Sí, y le hice caso, pero antes, hablé con mi hermana, y ella, educadora de párvulos, me indicó que mi papá, por su forma de ser, tenía rasgos asperger y debido a eso, era su forma de ser. “Yo lo aprendí en la universidad, y te digo que ahora lo entiendo más que nunca. Bien, háblale sin miedo, solo dile que deseas hacerlo y punto. El no elude la mirada por ser cobarde, o misteriosos, no, él es así, y lo importante, te lo digo: amar es acompañar, no necesitar, es hacerlo sin pensar en la galería y dándole el gusto a los giles, como él dice”.

-Qué bueno saberlo, rico escucharlo, le dije: usted sabe que soy escritor.

Sonrió.

-Estuvimos varias tardes hablando de su vida, de la que no sabía nada, solo lo poco que nos contaba nuestra madre. Ella lo cuidaba, siempre lo hizo. Sí, mi padre era una persona especial. Siempre fui el hijo rebelde, pero era porque no sabía cómo tratarlo. Nunca me faltó nada, pero yo solo deseaba ser escuchado,

que me atendiera, que solo me mirara a los ojos, que me hiciera cariño. Ahora entiendo que ésa era su forma de amarnos.

Pedro guardó silencio, suspiró y mirándose sus manos, agregó:

-La tarde del viernes pasado, pidió que nos dejaran solos por un rato y me dijo: No paso de hoy, hijo, ya me siento cerca de la muerte y quiero que sepas que no le tengo miedo; mi conciencia está tranquila. Te miro a ti y a tu hermana y veo que a pesar de todo y después de todo lo vivido, siento que no lo hice mal, que cometí errores, pero siempre fui valiente para no repetirlos”.

Pedro tomó aire, metió la mano a la casaca de polar, sacó el paquete de cigarrillos recién abierto, lo arrugó con fuerzas, lo tiró al basurero, me miró, sus ojos se hicieron brillantes y húmedos para agregar: me dijo que le podría preguntar que lo que quisiera, pero que le debía respetar su no respuesta cuando él lo considerara. Fue una tarde maravillosa, la mejor de mi vida. Se despidió a lo choro, porque el choro cuello cruje, pero nunca grita, tomó aire y agregó: entonces me dijo: hijo, ya nos hemos dicho todo, y antes de que te vayas, deseo decirte que tú me hiciste pasar los mayores sustos de mi vida, pero también te digo que, como padre, todos tus logros me iluminaron la vida. Tranquilo el hombre, porque nunca me hiciste sentir vergüenza por haberte engendrado. No, todo lo contrario. Me miró en el abrazo y nos separamos. Y deja de fumar, que hace mal. Yo volví a la casa, con los míos, caminando como a cinco centímetros del suelo, sabiendo que había sucedido como tenía que ser. Y fue mucho más liberador de lo que pude imaginar. Es cierto, amar es acompañar, no necesitar. Él siempre me acompañó, a su manera, no a la mía. No lloré su partida, no lo necesitaba. En esto soy igual a él.

FIN